

# Notas sobre la participación del laico en el Colegio San Ignacio

*Germán Castillo Pinto*

## Marco Histórico

“Para 1810, nos dice Francisco José Virtuoso, existía en la sociedad organizada bajo la capitanía general de Venezuela una Catolicidad bien definida y alimentada por una vigorosa institución eclesiástica”<sup>1</sup>.

El autor considera que: “la Catolicidad penetra las costumbres, la moral, la simbología social, la educación y las experiencias sociales. La Catolicidad es una sociedad que no solamente profesa el catolicismo sino que se organiza globalmente desde esa profesión religiosa”<sup>2</sup>.

Situémonos ahora en 1917, es decir, algo más de un siglo después de la referencia anterior, leamos lo que nos escribe Monseñor Carlos Pietropaoli, Delegado Pontificio ante el Gobierno de Venezuela, cuando se despedía del país. “Así creo haber cumplido modestamente las órdenes recibidas. De la eficacia de la acción desarrollada por mí hablará el porvenir, cuando los PP. Jesuitas habrán formado según el corazón de Dios el nuevo Clero y cuando junto al Seminario se levantará, según es nuestro deseo, el gran colegio para jovencitos laicos que dará a esta República un laicado católico que hoy no existe. Entonces será el momento de hacer desaparecer del Código de Venezuela la pésima y vergonzosa ley de

---

<sup>1</sup> Virtuoso, Francisco José. “La crisis de la catolicidad en los inicios republicanos de Venezuela (1810 - 1813). UCAB 2001, p. 15.

<sup>2</sup> Virtuoso, Ob. cit, p. 14.

Patronato mediante la conclusión de un buen Concordato intentado inútilmente por mí<sup>3</sup>.

¿Qué ha pasado en ese largo tiempo como para que, cien años después, enfrentemos una situación abiertamente opuesta a la que nos señala Virtuoso? Hagamos una panorámica de ese período para encontrar la respuesta.

Durante la época colonial, Venezuela, incluso como capitania general, no tuvo nunca rango de primer orden para la Metrópoli y tampoco fue una colonia rica. Fue más bien pobre y esa pobreza también afectó a la Iglesia. En consecuencia, la Iglesia venezolana no poseyó nunca un patrimonio importante, y aun sin compararla con los casos de Perú y Méjico, fue una Iglesia pobre.

Por esto mismo la Institución nunca llegó a tener raíces muy profundas. Sin embargo, hasta la época de Guzmán la Iglesia mantuvo con sus feligreses una relación muy sencilla, y al mismo tiempo muy provechosa para ambos, pues la firmeza moral con la que siempre enfrentó las situaciones que podían resultar conflictivas, le otorgó gran autoridad frente al pueblo.

La Iglesia se mantendrá apoyada en la lealtad de las clases altas y en el ingenuo fervor del pueblo con una fe marcada por la superstición, aunque ésta nunca derivó hacia conductas que merecieran sanciones ejemplares de carácter inquisitorial.

El proceso independentista venezolano parte del descontento que los blancos criollos manifiestan hacia la Metrópoli y de las contradicciones internas que surgen entre los grupos sociales más bajos y la dirigencia económica y social controlada por los mismos blancos criollos. Todos desean la independencia, pero no la misma independencia. Todos reciben la influencia ideológica externa (Ilustración y liberalismo) aunque la clase privilegiada económica, social y culturalmente, constituida por los blancos criollos, por esos mismos privilegios, la recibe y aprovecha más directamente.

---

<sup>3</sup> Castillo Lara, Lucas Guillermo. "Apuntes para una Historia Documental de la Iglesia Venezolana en el archivo secreto vaticano. (1900 - 1922). Apéndice Documental". Tomo IV, Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Doc. 750, p. 225.

Venezuela, al igual que las demás repúblicas hispanoamericanas, nace bajo la inspiración tanto de la Ilustración francesa como de la española y del liberalismo.

### El Liberalismo

El liberalismo tiene en nuestro caso, un triple modo de manifestarse, a saber:

1) El liberalismo manchesteriano que propone el modelo económico del “laissez faire”, “laissez passer” y que fue aplicado desde los primeros tiempos de la república (1830).

2) Un liberalismo más bien de corte cultural muy bien expresado por el Dr. Miguel Zúñiga Cisneros en el párrafo siguiente: “Y no hay duda de que el venezolano es hondamente liberal, que el liberalismo es en él inmanente, por lo cual es tolerante en religión, racionalista en filosofía, abierto a las nuevas corrientes del progreso social, e igualitario en sus relaciones humanas. Son desconocidas en nuestra historia las luchas religiosas, y ni siquiera en la época colonial hubo aquí procesos inquisitoriales. La religiosidad del venezolano es antes pragmática que ritual: nos importa más la conducta de las personas que su apariencia externa; que el hábito no hace al monje entre nosotros. Esa tolerancia e igualitarismo, ese espíritu liberal, ayudan a entender por qué en Venezuela no cuajaron las clases fundamentadas en el nacimiento, el color o el ideario”<sup>4</sup>.

3) El tercer modo corresponde al liberalismo penetrado de la filosofía ilustrada francesa o española. A este liberalismo, y en parte al cultural, serán aquellos a los cuales nos referiremos de manera especial en este trabajo.

A partir de este liberalismo ilustrado, el Estado tratará de quitarle a la Iglesia la mayor parte del poder que había venido ostentando desde el pasado. La Ilustración colocaba a la Educación como función del Estado y el quehacer educativo debía orientarse hacia la instauración del orden liberal. La dirigencia política comienza a moverse y con el apoyo de la masonería, no desmayará hasta lograr el sometimiento de la Iglesia al control del Estado.

---

<sup>4</sup> Zúñiga Cisneros, Miguel. “Reflexiones sobre lo Venezolano”, p. 26. Caracas, 1961.

Numerosas acciones ejerció el Estado durante el período en estudio con este propósito, de las cuales mencionaremos las siguientes: Aprobación y ejercicio de la Ley de Patronato Eclesiástico en 1833. Se ejerce absoluto control sobre el nombramiento de las autoridades eclesiásticas, incluyendo las correspondientes a las parroquias; cese del cobro del derecho de diezmos para el sostenimiento del culto; control sobre la elaboración y ejecución del presupuesto eclesiástico (1833); el Congreso decreta que no está prohibida la libertad de cultos (1834); se decreta, en 1837, la extinción de la vida religiosa, persecución y expulsión de órdenes religiosas.

Durante el septenio guzmancista (1870-1877) se desata una grave crisis contra la Iglesia: El 2 de mayo de 1874 se decreta la extinción de los conventos, colegios y demás comunidades religiosas existentes en Venezuela, con lo cual según el P. Hermann González s.j. “se busca destruir de raíz la vida religiosa”<sup>5</sup>. El convento de las Carmelitas pasó a ser la sede del gobierno provincial, el de las Dominicas se dedicó a casa de reposo y manicomio; ni siquiera logró salvarse el de las religiosas Concepcionistas, cuya venerable historia databa de los años 1617-1637, cuando se inauguró. De ese momento, recogemos, por su peculiar estilo, un fragmento escrito para la ocasión por el cronista don José de Oviedo y Baños: “Pero la joya más preciosa que adorna esta ciudad y de que puede vanagloriarse con razón, teniéndola por prenda de la mayor felicidad, ... vergel de perfecciones y cigarral de virtudes: No hay cosa en él que no sea santidad, y todo exhala fragancia de cielo”<sup>6</sup>.

Se confiscan todos los edificios, bienes y demás títulos de las comunidades religiosas, los cuales pasan a ser propiedad de la Nación. Los estudios eclesiásticos vuelven a las universidades. Cierre de los seminarios (1872): “Porque en los seminarios clericales, por el aislamiento en que están sus alumnos y por los textos y doctrinas que en ellos se enseñan, se forma un clero extraño a las instituciones políticas y refractario a las ideas y marcha progresiva de la República”<sup>7</sup>. Por tanto,

---

<sup>5</sup> González Oropeza, Hermann. “La significación política y eclesiástica del decreto de José Tadeo Monagas sobre la expulsión de Venezuela de los jesuitas de ambos sexos”, Noticias de la Provincia de Venezuela, n° 338, enero-febrero 1989.

<sup>6</sup> Machado, José E. “El Día Histórico”. Tipografía Americana, Caracas, noviembre 1929. p. 293.

<sup>7</sup> González Oropeza, Hermann. “Iglesia y Estado en Venezuela” Historia de su proceso. UCAB. Caracas, 1997 p. 333.

quedan extinguidos los seminarios clericales y sus bienes pasarán a las escuelas de artes y oficios. Se dicta la ley sobre el matrimonio civil (1873). Se expulsa al Arzobispo Guevara y Lira (1873). Se suprime el cobro de las primicias. Es demolido el templo de San Pablo para construir el Teatro Guzmán Blanco. Se secuestra el templo de La Trinidad para instalar allí el Panteón Nacional. Se propicia la creación de una Iglesia Venezolana, separada de Roma, con un clero ligado al régimen. Esta politización del clero se acentuará en tiempos de Cipriano Castro.

En su segundo mandato llamado el quinquenio (1879-1884) Guzmán quiere congraciarse con la Iglesia y con parte de la sociedad que cuestionó sus desmanes del pasado. Construye la Iglesia de Santa Ana, la Santa Capilla y el Palacio Arzobispal, con lo que ahora pareciera estar dando dos caras y pronunciando dos discursos. De cualquier modo resultaba poco menos que imposible dejar a un lado el daño causado a la Iglesia, especialmente al clero mal formado y empobrecido cuyos perniciosos efectos continuarán sintiéndose hasta las primeras décadas del siglo XX.

Cipriano Castro (1899-1908) precisamente se aprovechó de ese clero que desde Guzmán había disminuido cuantitativa y cualitativamente; en este caso, no sólo por lo mal formado, sino también porque una parte de él para conseguir cargos, escalar posiciones y obtener beneficios, se plegaba a los poderosos del Gobierno. Se declaró jefe del Estado y de la Iglesia venezolana y dictó la ley del divorcio. Restableció y en algunos aspectos agudizó la política anticlerical de Guzmán, especialmente contra las órdenes religiosas y sus colegios (Agustinos y Capuchinos) y los sacerdotes extranjeros.

En 1918 el Internuncio apostólico envía a Roma un informe donde da cuenta del lamentable estado en el que se encontraba la Iglesia y su clero. “La salud” de los jóvenes seminaristas de Caracas era muy precaria debido a una mala y escasa alimentación. No tenían buen calzado y algunos no podían salir a la calle por el deplorable estado de sus sotanas. En otra parte del informe dice textualmente: “La revolución que suprimió en Venezuela los Seminarios y los Conventos y que se adueñó de los beneficios eclesiásticos, confirió a esta Iglesia un golpe mortal, del cual aún no se han podido levantar, y que por ahora, a causa de la grave crisis económica, no se levantará fácilmente”<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Castillo Lara, Lucas Guillermo. Ob. cit. Doc. 824 pp. 363 - 367.

## El Positivismo

Junto al Liberalismo que pretendía establecer el predominio del Estado sobre la Iglesia, corría paralelamente el Positivismo, que buscaba descalificar la fe y la religión a favor de la ciencia y de la experimentación, con lo cual se favorecía el laicismo.

Dice Mariano Picón Salas que el positivismo venezolano puede compararse con un liberalismo vestido de ciencia, y no de una ciencia cualquiera sino de una ciencia natural, que es la que precisamente no puede aplicarse a los hechos históricos”<sup>9</sup>.

Frente al predominio religioso de la Iglesia Católica se aboga ahora por una tolerancia religiosa y una libertad de cultos y frente a la escuela católica se propone la escuela laica, natural, donde el niño reciba la formación ciudadana, de investigadores naturalistas que estimulen el comercio, la industria y la producción.

El positivismo tiene antecedentes remotos en nuestra secuencia cultural. Simón Rodríguez Andrés Bello y Simón Bolívar aparecen entre los precursores. Más tarde, a mediados del siglo XIX, aparecen Adolfo Ernst (1863) y Rafael Villavicencio (1866). Nosotros vamos a tomar como punta de partido el período guzmancista.

Guzmán llevó adelante un doble juego, por un lado “estimula la revolución del Positivismo y por el otro protege a un grupo de literatos adocenados, tradicionalistas y cortesanos, que son los que forman su coro de aduladores y a los que el pueblo designa con un mote burlesco: La Adoración Perpetua”<sup>10</sup>.

Dentro del torpe conflicto que Guzmán mantiene con la Iglesia es buena la estrategia de apoyar a estos intelectuales que en la universidad están formando a una clase intelectual supuestamente ganada para su proyecto político, pero esos egresados de la universidad apostarán por la ciencia. La ciencia como una nueva

---

<sup>9</sup> Picón Salas, Mariano. “Positivistas y Modernistas” en Venezuela Independiente. Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1962 p. 14.

<sup>10</sup> Díaz Sánchez, Ramón. “Evolución Social de Venezuela”. Otras manifestaciones de la cultura social bajo Guzmán Blanco. En Venezuela Independiente. Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1962, pp. 267 – 268.

religión, que crea un nuevo paradigma científico-social a través de lo útil, lo observado, lo objetivo, lo relativo; la ciencia como ordenadora social.

Los líderes del Positivismo con una actitud más radical ante la Iglesia fueron Rafael Villavicencio, Luis López Méndez, Luis Razzetti y José Gil Fortoul. De ellos Villavicencio es quien adopta una actitud más condescendiente, incluso llega a “buscar una conciliación, aunque sólo fuese formal entre la concepción científica y la concepción religiosa”<sup>11</sup>. En cambio Luis López Méndez, quien coincide plenamente con el tiempo de Guzmán, es el más radical enemigo de la Iglesia y de la educación católica. Es un intelectual con una fuerte influencia de Condorcet. Es un positivista que se aleja de las corrientes positivistas universales y nacionales. Se aleja en lo interno de Laureano Vallenilla Lanz, como lo señala la investigadora Emma Ramírez<sup>12</sup>.

Podríamos decir que él, en el ejercicio del liberalismo cultural que mencionábamos antes, el del libre hacer, se construye su propio positivismo y se centra en el desarrollo de sus ideas laicistas, anticlericales y antidogmáticas. Critica fuertemente al Papa, y a su encíclica, en la que se opone a la tolerancia religiosa y a la libertad de cultos. Rechaza que el Papa le niegue al Estado el derecho de legislar sobre el matrimonio civil y en consecuencia sobre la familia. Ataca duramente a la enseñanza religiosa y se pronuncia a favor de una escuela laica, y por la sustitución del pensamiento escolástico y sus ineficientes métodos de trabajo, por un pensamiento científico acompañado por la observación y la experimentación, en las escuelas y universidades.

Sin embargo, las proyecciones intelectuales de la experiencia positivista no habían trascendido al pueblo, se mantenían alojadas en un pequeño grupo de privilegiados del estudio. Una vez que el positivismo se irradia hacia todas las ramas de la actividad intelectual, se desarrollarán encendidas polémicas entre la religión y la ciencia, como los famosos enfrentamientos entre los partidarios del creacionismo y los del evolucionismo. El grupo de positivistas que adversaron a

---

<sup>11</sup> Díaz Sánchez, Ramón. Ob. cit. P. 265.

<sup>12</sup> Martínez V. Emma. “Comprensión Histórica del Pensamiento Laico en la Educación Venezolana (1777 - 1890). En Revista de Pedagogía, Vol XXI, N° 60. Escuela de Educación Universidad Central de Venezuela. Caracas enero- abril 2000, pp. 75 - 76.

la Iglesia y a la educación privada por aquella época, lo completarán Pedro Manuel Arcaya y César Zumeta.

De niño, en casa, a las horas de comida, yo viví esos debates entre mi padre, católico a carta cabal, de vieja data, quien con una vehemencia desusada en él y que por eso me daba miedo, discutía con mi hermano Francisco, a la sazón por graduarse de médico (1940), quien a su vez, con igual fuerza e inteligencia, hacía uso de toda la argumentación aprendida de la sapiencia del Dr. José Izquierdo.

Como puede verse, la situación de la Iglesia era delicada, requería el urgente rescate de los seminarios para salvar al clero e igualmente lo propio debía hacerse con los laicos católicos como objeto de su apostolado, a quienes acertadamente Monseñor Pietropaoli consideraba inexistentes para 1917. La Iglesia se preocupa, una preocupación que es asumida por la jerarquía, los párrocos, los sacerdotes seculares, los religiosos y las religiosas como asunto inmediato. El resto de la sociedad parece ajena al problema y cuando más se muestra dolida. La Iglesia, pues, toma cartas en el asunto y gestiona ante el Vaticano la venida de los jesuitas a Venezuela para atender el doble problema de la formación del clero (Seminarios) y la formación del laicado católico (fundación de un colegio).

### Fundación del Colegio San Ignacio

#### Antecedentes

Uno de los primeros intentos para que regresaran los jesuitas a Venezuela, después de más de un siglo de ausencia fue el proyecto que el Dr. Abel Santos le propuso al Delegado Pontificio Giuseppe Aversa para fundar un Colegio de Jesuitas en Táriba. Debía ser un colegio de primer orden, solo con una condición. Prefería el Dr. Santos que “al menos en su mayoría, no fuesen españoles; no porque –decía él– yo sea contrario a los jesuitas españoles, sino porque aquí se cree en general que los religiosos españoles –(injuriosamente la más de las veces, pero algunas veces con cierto fundamento: y basta en la masa el ejemplo de uno para señalar al resto)– tenían siempre un poco de acritud y ciertas veces no saben permanecer en los límites de la prudencia, trocando el liberalismo de aquí con el liberalismo de Europa, mientras que entre los dos –(y esto es muy verdadero)– no existe de común otra cosa que el nombre”<sup>13</sup>. Lamentablemente el proyecto no

---

<sup>13</sup> Castillo Lara, Lucas Guillermo. Ob. Cit. Tomo I, p. 181.



pudo concretarse porque la provincia jesuita de Colombia alegó no tener personal para ello.

En 1913 llega a Venezuela el nuevo Delegado Pontificio Monseñor Carlos Pietropaoli y en 1916 es nombrado Arzobispo de Caracas, Felipe Rincón González. Ambos personajes tendrán una importancia decisiva en la fundación del colegio de Caracas, el colegio San Ignacio. Pietropaoli con su diplomacia ejercida por igual ante el gobierno venezolano, el gobierno de Roma y el de la Compañía de Jesús, y Monseñor Rincón por su ascendiente ante Gómez, tanto así que sus adversarios solían llamarlo el “General Felipe”.

Una vez que los primeros jesuitas comienzan exitosamente su labor en el Seminario de Caracas (Pietropaoli había conseguido que se eliminara de la nueva Constitución el artículo que prohibía la entrada de sacerdotes y religiosos al país), “surgen las voces para que consoliden su obra en un colegio para la juventud. El primero que asoma la idea es Mons. Pietropaoli, quien en un informe al Vaticano expresa esa idea, y en otras ocasiones insiste en ello. El proyecto lo toma luego en sus manos con todo calor y empeño el nuevo Representante Pontificio, Mons. Marchetti, hasta darle forma final. En esta empresa lo ayuda el Arzobispo Rincón González con sus gestiones ante el Gobierno”<sup>14</sup>.

En mayo de 1917 llega a Caracas el P. Enrique Carvajal, Provincial de la Provincia de Castilla de la cual dependían estas regiones, y le promete a Mons. Pietropaoli “fundar a sus expensas, apenas las condiciones económicas lo permitan, un colegio de educación para jóvenes de familias señoriales, que falta y es deseado”<sup>15</sup>. (Pietropaoli habla de un gran colegio para jovencitos laicos).

En 1918 llega al país el nuevo Internuncio Apostólico, Mons. Francesco Marchetti, quien continúa las gestiones en pro de la fundación del colegio. En 1920 le escribe al Padre Wlodimiro Ledochowski, Propósito General de la Compañía. Monseñor aboga por la fundación de un Instituto de enseñanza modelo. Se queja de las respuestas ambiguas del Provincial de Castilla. Resta importancia a la cuestión financiera e informa de la buena acogida que el proyecto ha tenido ante los ministros de Instrucción Pública y del Exterior. “Ellos me declararon que los Padres no tienen nada que temer, porque aquí no hay ley en

---

<sup>14</sup> Castillo Lara, ob. cit. p. 268.

<sup>15</sup> Castillo Lara, ob. cit. Tomo IV, Doc. 748, p. 220.

contra de los Jesuitas”<sup>16</sup>. (Durante aquellos días, dicha declaración era muy importante, dadas las frecuentes alusiones que se hacían al decreto de Monagas). Refiere la posibilidad de que el Gobierno asuma el pago del arrendamiento o de los profesores, aunque muestra reserva en esta materia, pues “lo mejor sería conservar entera la propia libertad contentándose de las buenas disposiciones y de la protección del Gobierno, estableciendo sin embargo el Colegio con medios propios”. Recomienda al P. Ipiñázar para que se encargue de la obra del Colegio, el cual deberá depender de la Provincia de Castilla y no de la de Colombia. Al mismo tiempo le escribe al Vaticano y anexa a esta comunicación la enviada al P. General de los Jesuitas, destacando la idea de que es imposible que la Iglesia mejore si no hay buenos colegios. En otra carta, por intermedio del Secretario de Estado, informa al Vaticano sobre las gestiones cumplidas ante el Preósito de la Compañía de Jesús, para que el Papa, si lo cree conveniente, le haga saber a éste, que su augusto deseo sería ver cumplida la fundación cuanto antes.

El 16 de septiembre de 1920, el P. General, le informa a Mons. Marchetti, que acepta la fundación de un colegio modelo, en la capital de Venezuela. Sin embargo, ello no será posible sino para 1922.

El 2 de julio de 1921 el ministro P. Itriago Chacín le escribe un oficio al Honorable Señor R. Bartoloni, Encargado de Negocios ad interim de la Santa Sede, en el cual “tiene a honra manifestarle a usted que, como se resolvió en reciente sesión del Gabinete, fue opinión de este Despacho que no había inconveniente legal alguno para el establecimiento en esta ciudad de un Colegio bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús...”<sup>17</sup>.

No debía desconfiarse pues, de la acción educativa propuesta por el Colegio, por el hecho de que estuviere dirigida por una orden religiosa extranjera, especialmente la de los jesuitas. Los jesuitas llegan a Venezuela para establecerse en esta segunda etapa, en el Seminario de Caracas, en 1916, después de algunas visitas realizadas entre los años 14 y 15. Los que fundarán el colegio arribarán posteriormente.

---

<sup>16</sup> Castillo Lara, ob. cit, Doc. N° 849 pp. 429 – 430.

<sup>17</sup> Castillo Lara, ob. cit. Doc. N° 874, p. 489.

El 8 de enero de 1923 se lleva a cabo la ceremonia inaugural del Colegio. Un grupo de 126 jóvenes acude a recibir la formación que les impartirán los Padres y Hermanos jesuitas. Según el P. Arrizabalaga,<sup>18</sup> para el curso siguiente ya suman 250.

La misión de la Compañía de Jesús, a través del colegio, es formar unos laicos en el conocimiento y defensa de la fe católica y de la Iglesia. Para lograr esto el programa educativo pretende los siguientes propósitos: La formación de la fe, la formación de la voluntad y del carácter, y la formación de los valores patrios. Para el conocimiento y práctica de la formación de la fe se le otorgaba una importancia de primer orden a la práctica religiosa: Las misas y el rosario diario, las procesiones, y otros actos litúrgicos. La devoción a María se canaliza también por la pertenencia a la Congregación Mariana (fundada el 2 de febrero de 1923) y el rezo semanal del Oficio Parvo. La asistencia del Padre Espiritual y la práctica de los Ejercicios Espirituales son igualmente parte de esta formación.

Otras actividades complementarias en esta materia fueron: La catequesis, las visitas a los enfermos del Hospital Vargas y a los necesitados de algunas zonas aledañas como La Sabana del Blanco, Lídice y Los Flores de Catia, la participación en el trabajo parroquial y en la Juventud Católica, que contaba con un grupo en el Colegio.

La lógica, el razonamiento y la apologética fueron herramientas fundamentales para este trabajo, que se complementaba con las clases de religión y la lectura de textos que se mantuvo hasta los años cincuenta, tales como: Los Diez Mandamientos de Monseñor Tihamer Toth, La Apologética de D'Harbe, A Dios por la Ciencia del Padre A. Simón y El Drama de Jesús de José Julio Martínez, s. j. Este libro también se usó en algún momento para el análisis prosódico y sintáctico en las clases de Castellano. Las clases en general, aunque se desarrollaban por el sistema de exposiciones magistrales, daban también lugar a interesantes debates donde los alumnos revisaban sus conocimientos.

Como algo muy puntual pero de indiscutible relación con la polémica que ocupaba la atención de todos por aquellos días, habría que mencionar las

---

<sup>18</sup> Arrizabalaga, Luis M. "La Caracas que yo conocí". Servicios Venezolanos de Publicidad. Caracas, 1973, p. 15

conferencias dictadas por el P. José de Laburu, reconocido biólogo y científico jesuita, orientadas a ilustrar el tema Fe y Ciencia (1925).

La formación de la voluntad y del carácter exigió el cumplimiento de una disciplina que se consideró severa, sin menoscabo de la buena relación entre profesores y alumnos. La puntualidad, la asistencia, el desplazamiento en filas, especialmente para entrar y salir de las aulas, guardar los puestos asignados en clase, ponernos de pie para recibir al profesor, así como el cuidado y mantenimiento de las instalaciones, fueron exigencias diarias de obligado cumplimiento.

Queríamos entrañablemente al colegio. En muchos pasajes de la vida colegial y extra colegial estaba muy presente, con decisivo dictamen, ese sentimiento. En las crónicas de los primeros años escritas por el antiguo alumno Carlos Reyna Rodríguez (1926), él señalaba cómo, tan pronto concluían las clases y venían las vacaciones, un importante número de alumnos regresaba al colegio para disfrutarlas.

Doy fe de que así era efectivamente, pues de igual modo ocurría en nuestra época (1942-1953). Al iniciarse el período vacacional nos le presentábamos al Hno. Julián para pedirle un balón o una pelota y “parar la partida” o a que nos abriera el salón de la Congregación para deleitarnos con algún juego de mesa. A veces nos recriminaba y nos decía:

- “Pero bueno, ¿qué hacen ustedes aquí, no les acabamos de dar las vacaciones? ¡Váyanse a casa!”, pero nosotros ya le conocíamos y tan pronto le insistíamos un poquito, sacaba de su sotana y lanzaba por el corredor que desembocaba en el patio, una pelota para que saliéramos en carrera a tomarla. Eso sí, un poco antes de las doce, aparecía con el pito para dar por terminada la actividad. ¡El pito! casi que lo escribo con mayúscula, ese inefable instrumento, que aunque nunca reemplazó a la palabra, sí fue altamente socorrido hasta la saciedad en la vida colegial. Yo recuerdo haber oído alguna vez en la capilla, procedente de la zona de los mayores, un comentario parecido a éste: menos mal que aquí no es procedente el pito.

En cuanto a la formación de los valores patrios, además de las clases correspondientes de Historia y Geografía de Venezuela, se propiciaba la participación de los alumnos en las celebraciones de las efemérides patrias. Por aquellos años hubo dos muy importantes en las que el colegio participó plenamente, ellas

fueron el centenario de Ayacucho (1925) y el centenario de la muerte de Bolívar (1930). De igual modo nuestros alumnos, intervinieron en certámenes literarios tanto internos como fuera del colegio sobre temas patrios, así como en piezas de teatro. La organización de paseos y excursiones a todo lo largo y ancho del país también contribuyó a formar a nuestros alumnos con una clara conciencia venezolana.

Para completar el menú formativo, habría que mencionar de pasada a la actividad deportiva, la cual a través del Loyola S.C. - una organización tan antigua como el colegio - que ha dado infinitas muestras del coraje, la reciedumbre, la hidalguía y la solidaridad de nuestros atletas en una variadísima gama de disciplinas deportivas. De igual modo habría que decirlo del excursionismo y del CEL.

Las actividades culturales: canto, estudiantina, declamación, teatro, ocupan un buen número de alumnos. Los Padres y Hermanos también promueven con sus alumnos unas actividades tan formativas como las anteriores, pero de mayor corte social, y de servicio al prójimo. Así los domingos se visitaba a los enfermos del Hospital Vargas. Igualmente la obra del P. Barrena, la Casa Hogar Virgen de los Dolores para niños desvalidos y abandonados ocupa la atención de muchos colegiales. Las labores de catequesis en las diferentes zonas aledañas: Lídice, Sabana del Blanco, Flores de Catia, que a la vez fueron ocasión para relacionarse con esa realidad, aunque, en esta materia, las palabras pobreza y justicia no tenían la importancia actual.

La primera cosecha de laicos católicos preparados en el colegio egresa en 1926, quince bachilleres -de los cuales todavía uno está vivo, el Dr. Manuel Reyna- se lanzan a la vida, a una realidad difícil, pues en el país está instalada una dictadura de vieja data y muestra un ambiente de fuerte signo antirreligioso que presagia días difíciles.

En 1935, muere el dictador, Juan Vicente Gómez y accede al poder el General López Contreras. La situación del país tiene rasgos anárquicos, el país tanto tiempo reprimido, desea manifestarse, el paso de la tiranía a la democracia no es fácil, hay muchas cuentas pendientes y otras tantas por cobrar, el Gobierno vacila entre la legalidad o desenvainar el machete. La oposición reclama acción, participación, resultados. Un grueso sector del país quiere organizarse y así lo hacen los maestros, los obreros, los empleados, los grupos políticos. Los estudiantes se dividen. Anteriormente el tirano, como enemigo único, los mantenía

unidos. Ahora, a su muerte, la nueva realidad rompe tan deleznable lazo. El estudiantado reunido en la FEV desde 1927 se lanza en una campaña de fuertes ataques contra la Religión, la Iglesia, el Papa, las órdenes religiosas, sobre todo la de los jesuitas. Una mezcla del laicismo decimonónico, con los nuevos elementos del materialismo marxista, incorporados desde 1919, es el sustento ideológico de estas diatribas. Sin embargo, ahora la Iglesia tiene quien le ayude a manifestar sus planteamientos, a expresar sus ideas y a defender sus derechos. Un grupo de estudiantes, en su mayoría proveniente de los diferentes colegios de religiosos crea su propia organización, la Unión Nacional Estudiantil (UNE). El enfrentamiento está servido, será una lucha fundamentalmente ideológica, aunque con alguna frecuencia aparecerá la violencia. Los uneístas toman posición frente a los acontecimientos políticos y estudiantiles. A raíz de los graves acontecimientos del 14 de febrero de 1936, el Presidente López manda llamar a Miraflores al joven dirigente de la UNE, Rafael Caldera, para conocer su opinión sobre dichos sucesos. La presencia del laico ignaciano es de primera línea.

La situación es delicada en todos los órdenes, se declara la huelga general que no pasa a mayores por errores de los propios organizadores. El testimonio de un reconocido político de la época (1937), el Dr. Carlos D'Ascoli, a la sazón Secretario de Relaciones Interiores del Partido Democrático Nacional (antecedente de Acción Democrática), al evaluar la actuación de su agrupación política durante aquellos difíciles años para instaurar la democracia representativa, confiesa: "otro error de vastas consecuencias fue el habernos dejado llevar por Prieto y Villalba a un pleito, en todo caso de lo más inoportuno, con la Iglesia y los jesuitas. Y, peor que todo, haber, a raíz de la huelga general de junio, declarado ésta permanente cuando la idea al desencadenarla, era que se limitara a 24 horas"<sup>19</sup>.

En 1939 se fundaba la organización de Antiguos Alumnos, la cual mantendría siempre, con sus altos y sus bajos, a un grupo de ex alumnos dispuestos a trabajar con el colegio y por el colegio y la Compañía de Jesús.

Entramos en los años cuarenta. El hervor político sigue su marcha, las organizaciones sindicales (Frente Obrero y Frente Nacional de Trabajadores) y las políticas Partido Republicano Progresista (PRP) definen sus posiciones. El PDN

---

<sup>19</sup> D' Ascoli, Carlos. "La Honra de Ser Político". Publicaciones del Banco Central. Serie Venezolanos Ilustres. Caracas, 1990, p. 161.

se transforma en Acción Democrática. (Social Demócrata) en 1941. En 1946 se formarán Unión Republicana Democrática (liberales de nuevo cuño) y el Comité Político Electoral Independiente (COPEI) de tendencia democristiana, quienes junto al Partido Comunista de Venezuela (1931), conformarán el marco básico de la política nacional en los próximos años.

La lucha ideológica va a ser de ahora en adelante, también una lucha política por controlar el poder. Ya no basta formar laicos bien claros en los principios de la religión y de la fe, hay que preparar líderes con vocación de lucha política, con sensibilidad social y conocimiento de los ingentes problemas del país. Se necesita un formador capaz de cubrir este perfil y ese es el P. Manuel Aguirre Elorriaga s.j. con sus cursillos de formación social. Un grueso número de laicos, de los que perseveran en la lucha y otros nuevos que se incorporan a ella, será la atenta y comprometida audiencia de tan destacado maestro. Serán también más adelante los multiplicadores de su palabra y de su ejemplo.

Es en estos años cuando arribo al Colegio San Ignacio.

En efecto, el 16 de septiembre de 1942 entró al San Ignacio de la mano de mi padre, el Dr. Pedro Manuel Castillo. Este próximo septiembre del 2002 se cumplirán sesenta años de haber tomado contacto con los jesuitas. Ingresé al colegio como alumno de 2º grado con el Hermano Francisco Muruzábal, s.j. Yo venía de una escuela particular regentada por la Sra. Isabel de Arteaga, venerable maestra, quien, a pesar de sus años, nos proveyó de nuestros primeros conocimientos: Lectura de corrido, escritura inglesa, catecismo, urbanidad e higiene personal.

Con estos conocimientos nos instalamos en el San Ignacio. El colegio tenía apenas diecinueve años de fundado y hacía escasamente un año que se había inaugurado el imponente -para la época- edificio de Mijares. De manera que estaba muy reciente el contexto en el que nace el Colegio.

Es la época de la llamada Primaria Inferior ¡qué disparate esto último! de 1º a 4º grados. Mis profesores fueron los H.H. Muruzábal, Marquiegui y Lanz. Del primero guardo con inmenso cariño el modo solícito como se preocupaba por administrarme cada mañana las gotas para mi delicado oído. Era el promotor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la práctica de comulgar los nueve primeros viernes de cada mes. ¿Quién podía ignorar la desazón de un compañero

con aquel catedrático de la bondad y el servicio? El segundo – al que decíamos Pepito – era la muestra más clara de la responsabilidad y de la puntualidad. Era un excelente lector y con él disfrutábamos mucho los tiempos en que se leía aquellos interesantísimos libros de aventura. Cómo no aprender a leer bien con aquella sostenida muestra de entonación y ritmo. Lanz, el tercero: un excelente calígrafo, con quien uno sin querer perfeccionaba la escritura; era el optimismo y la alegría, que provenían de su afición especial por la música.

Los años cuarenta en sus comienzos habían transcurrido dentro de una aparente calma hasta que el 18 de octubre de 1945 estalla la llamada Revolución de Octubre. Es derrocado el Presidente Isaías Medina Angarita y toma el poder junto con los militares el Partido Acción Democrática, el cual pretende aplicar un proyecto de país. “El proyecto social adeco puede caracterizarse como una propuesta de modernización, que concebía a las masas populares como su fuerza impulsora fundamental, pero controlada por el “partido del pueblo” con el modelo político de la democracia representativa”<sup>20</sup>. El proyecto presentaba muchos rasgos de peligrosa ambigüedad y además el carácter popular hacía que fuese percibido por muchos como una amenaza socializante o “sovietizante”. De igual modo, el proyecto educativo mostraba los mismos riesgos y afectaba valores y derechos inherentes a la familia, a la Iglesia, a la libertad de enseñanza, todo lo cual produjo una reacción muy firme en vastos sectores de la sociedad.

Los laicos católicos exalumnos de los colegios de religiosos e incluso los alumnos de los años superiores tuvieron junto a las familias y otros sectores privados una participación decisiva. Unos en el hemiciclo de las cámaras donde se discutían las leyes, otros en la prensa, en la radio, en las acciones de calle, constituyeron un frente de tal fuerza que hizo renunciar al Ministro de Educación y enmendar en parte la acción del Gobierno.

Yo tenía entonces 12 años, cursaba el sexto grado, que me estaba costando un mundo. Junto con otros siete compañeros decidimos solidarizarnos con los mayores que habían resuelto no ir a exámenes como protesta por la aplicación del decreto 321, de marcado corte ventajista para la educación oficial. Se vivía un clima de intensa presencia política, yo –repito– con apenas doce años, era asiduo oyente

---

<sup>20</sup> CERPE, Folletos la Educación en Venezuela, n° 3. La Educación en el Proceso de Modernización de Venezuela (1836 – 1958). Cerpe 3ª edición, Caracas, 1984, p.9.



de las sesiones de la Constituyente. Recuerdo haber permanecido hasta la madrugada junto al resto de la familia oyendo a nuestros oradores defendiendo la libertad de enseñanza. A mí siempre me gustó oír un buen orador y había muy buenos, sobre todo de nuestro lado, en cambio la oposición, también densa en sus ideas, por regla general no contó en esa ocasión como orador con ningún Vázquez de Mella. Hicimos de pregoneros y salimos a la calle a vender el 321, el “Órgano de expresión de los Estudiantes Particulares”. Yo no recuerdo si había ballena, pero sí cómo tuve que correr más de una vez, sin soltar los periódicos, para evitar a la policía del régimen. Al leer el diario del Colegio San Ignacio, que acostumbraban a escribir los maestrillos (escolares jesuitas jóvenes que trabajaban en el colegio), encontré cómo en los momentos más dramáticos de la crisis los alumnos mayores y algunos ex alumnos se ofrecieron para hacer vigilia y preservar el colegio de cualquier ataque del oficialismo y sus partidarios. Hubo en estos momentos dos jesuitas de destacada actuación, el P. Carlos Guillermo Plaza, fundador de la AVEC y el P. Jenaro Aguirre. El primero fue el teórico, quien presentó claramente las ideas católicas sobre la materia en discusión. A Jenaro, como Rector del colegio le correspondió concurrir al despacho de Educación para hacer oír la voz de la educación privada. Fue una etapa estelar para la participación del laicado católico.

En 1948, se cumplían los veinticinco años de la fundación del Colegio. Los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, los profesores, el alumnado, los ex alumnos, los Padres y Representantes, celebramos a comienzos de 1949 tan importante efemérides. El acto deportivo, la misa en la histórica Iglesia de San Francisco, los actos académicos, las obras de teatro, el desfile hasta el Panteón, el Coro Hablado. Fue una jornada de participación masiva de la familia ignaciana y de los amigos de la Compañía de Jesús. Había mucho que agradecerle al Señor y Él nos estaba aguardando. En esa ocasión se hizo la presentación pública de la Banda de Guerra del Colegio, aunque el año anterior, en unas fiestas rectorales, ya había actuado en el campo de San Martín. A mí me correspondió junto a otros veinticuatro alumnos formar parte de aquella organización como fundador de la misma.

En estos años de mi vida colegial (1942–1953) participé en el coro de Tiples del Hermano Lanz, y en la Cruzada Eucarística y el apostolado de la oración con el padre Aguirreolea. Con el grupo de la Juvenud Católica trabajábamos con el párroco de Catedral, P. Alfonso Alfonso Vaz (promoción 1935). Con él

atendíamos unos círculos de estudio y le dábamos catecismo a los jóvenes y niños limpiabotas de la Plaza Bolívar. Durante la Semana Santa, junto con otros alumnos del colegio, ayudábamos al Hno. Félix Marquiegui s.j. en la Iglesia de San Francisco a organizar las confesiones para la Comunión Pascual que se llevaba a cabo en la Plaza Bolívar: el Lunes Santo (las damas) y el Martes Santo (los caballeros). En la puerta de la Iglesia entregábamos a los asistentes el material especialmente preparado para esa ocasión y distribuíamos equitativamente a los fieles en las colas para confesarse; también colaborábamos con el marcaje y las pancartas para la sectorización de la plaza. Formamos parte, en 1950, del coro de mayores que reunió el P. Federico Muniategui s.j. con el propósito de dar un concierto de música sacra con la Sinfónica Venezuela en el Teatro Municipal y en el que interpretaríamos, entre otras piezas, el famoso “Tu es Petrus”. El asesinato del coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar de Gobierno y al mes siguiente la tragedia aérea de Monte Carmelo (Edo. Trujillo), donde perdieron la vida 27 colegiales del Colegio San José de Mérida, frustraron nuestro propósito. Inicié mi trabajo como docente, cuando cursaba el tercer año de bachillerato (hoy 9º grado) en el curso 1950-1951. En esa oportunidad un antiguo alumno que ya cursaba estudios de Derecho en la UCV y dictaba clases en el San Ignacio, me pidió que tomara unos cursos de recuperación académica que él daba por la tarde a algunos alumnos de los primeros grados, para nivelarlos; de manera que a esa edad, ya me podía considerar un profesor auxiliar del colegio de esos que ahora dictan los talleres por las tardes. Recibía, de los papás, unos noventa bolívares mensuales que para mí eran una fortuna y al mismo tiempo ayudaban a aliviar el estrujado presupuesto familiar de esos años. Así estuve hasta el año 1955 cuando ingresé como profesor de aula en el Colegio Nuestra Señora de Coromoto en El Paraíso, de las Madres Teresianas.

En 1953, me gradué de bachiller, y me fui a la UCAB como alumno fundador de la Escuela de Derecho. A pesar de haber salido del colegio, atendí dos encargos. El primero del Hno. Tobía, quien me pidió le ayudara a rescatar a la Banda. Pues ella había perdido a un buen número de sus miembros que habían concluido sus estudios de bachillerato. Durante un año estuve viniendo los sábados por la tarde a enseñarles a los aspirantes las marchas y algunos desplazamientos. Recuerdo que el Hermano me asignó el rango de Teniente de cornetas (nuestra primera banda, con todo y Jenaro, nunca tuvo esos rangos). Hasta donde yo guardo memoria, no creo haber hecho uso nunca de tal recurso. Fue una experiencia exigente, pero valió la pena porque el objetivo se cumplió.

El Hermano Lanz, por su parte, nos convocaba a un grupo de ex alumnos para que nos dispusiéramos a organizar las misas de Navidad y Año Nuevo que se celebraban en la capilla del colegio. Dos semanas antes veníamos por la tardecita para ensayar los aguinaldos y villancicos del repertorio, junto a tres o cuatro integrantes del coro vasco: Triki, Garmendia, Badiola y sus castañas. Era una actividad que disfrutábamos intensamente y los cantos tan delicados y hermosos contribuían a darle a aquellas misas un sello muy especial de honda espiritualidad y alegría por la llegada del Divino Niño. Después ya en bastidores, el Hermano, con su picardía típica, nos obsequiaba unos chatos de algún buen vino de las reservas de la casa.

Durante diez años mi acción docente se desarrolló en varios colegios de religiosas (1955 - 1967). (Teresiano de El Paraíso, Teresiano de La Castellana, Cristo Rey, San José de Tarbes de El Paraíso, San José de Tarbes La Florida, Nuestra Señora de Guadalupe, Santo Ángel y uno privado, no religioso, La Inmaculada). A partir de 1957, esta actividad se combinó con mi paso por la Dirección de Información Exterior de la Cancillería, donde desempeñaba un cargo de estudiante a medio tiempo, en el que me mantuve hasta 1961.

Entre los años 48 y 58 lo que ocurre en el país se siente y se vive en el colegio. El país queda primero bajo el control de una Junta Cívico Militar, y más tarde derivará a mediano plazo hacia una dictadura militar. A medida que la dictadura se afianza, todo el ambiente escolar parece invadido por una "calma chicha", pareciera que no hay actividad y si la hay es muy formal y discreta. No hay Centro de Estudiantes. Hoy diríamos que para la participación fue un período de muy bajo perfil. A finales de 1957 es cuando parece despertar la comunidad.

Comienza un éxodo del campo hacia las ciudades y en Caracas un proceso de urbanismo y de extensión hacia el este de la ciudad. El colegio se muda para Chacao, se queda atrás más de un cuarto de siglo de historia. El "Cuadrilátero de Don Arístides Rojas" se abandona para situarnos por un lado, en la vecindad de las urbanizaciones de mayor prestigio de la época: Country Club, Los Palos Grandes, La Castellana y Altamira, que ya comenzaban a desarrollarse, y por el otro lado, en el límite sur, con el pueblo de Chacao, simbiosis de pasado y modernidad, de nacionalidades y oficios, de orígenes y culturas, que tienen su fuerza propia y se harán sentir en la vida colegial.

Será la tercera expansión del colegio, que diría Arrizabalaga, después de las que se hicieron en el pasado desde las primeras casitas para la mansión de Andueza Palacio y desde aquí para el “rascacielos” –según la época– de Mijares. A éste lo reemplazarán los pabellones de bachillerato, Villa Loyola y más tarde Villa Piscina. A su vez la casona presidencial será sustituida por la Quinta de Villa Loyola, donde se instalan las primeras profesoras de aula del San Ignacio, las Reverendas Hermanas de Cristo Rey –recientemente llegadas a Venezuela– y quienes desde entonces hasta la fecha han prodigado incansablemente su sabiduría y su piedad, su alegría y su disciplina, y su inefable fe en la niñez venezolana.

Con el traslado hacia Chacao, el colegio va a cambiar en una serie de aspectos importantes, que a su vez originarán modificaciones en el nuevo quehacer educativo. El alumnado procederá de zonas cada vez más alejadas del colegio, con lo cual serán problemas de obligada atención: el transporte, la seguridad, el tráfico y la puntualidad. El eje Mijares-Jesuitas lo sustituye un terrenazo a las faldas del Ávila, de unas diez hectáreas aproximadamente, donde se construirán unas modernísimas, amplísimas y variadísimas instalaciones deportivas. Un olímpico de fútbol y atletismo y una piscina con las mismas características. Un parque para jugar al béisbol, canchas de voleibol, basket y un gimnasio. Claro que no todo esto estaba listo desde el principio, pero las posibilidades se fueron haciendo realidad a muy buen paso. Todo ello sustituirá a aquel “patio” que decían los antiguos, especie de polideportivo donde al mismo tiempo jugábamos una partida de fútbol, una de basket y otra de béisbol con pelota de goma; sin contar las de pelota vasca que se jugaban en el frontón, al fondo del mismo espacio.

Las posibilidades del nuevo escenario facilitarán un crecimiento significativo de la matrícula, aproximadamente un 166%: de los 750 alumnos que estudiaban en jesuitas, se llega ahora, en algún momento, a más de 2000. El éxodo hacia la capital determina el proceso de urbanización y de extensión de la ciudad, el valor del terreno comienza a subir sin control y prolifera la vivienda multifamiliar. El alumnado, que en su mayor parte habitaba en las típicas casas de la Caracas vieja, pasa ahora a vivir en edificios, que darán origen a la “cultura del apartamento”. Es decir, que se crea un nuevo modelo de familia. A la disminución de la privacidad para el adulto, se le une la disminución de los espacios para el juego y otras actividades necesarias para el niño y el joven. Esto, unido a la excesiva e inmediata presencia de ellos en el mundo de los mayores, los incorpora obligada y prematuramente a ese mundo, es decir, que tanto a los jóvenes y sobre todo a los

niños se les acorta penosamente el tiempo de infancia y adolescencia. Por eso mismo, atosigados entre cuatro paredes, los jóvenes sobre todo buscan la libertad afuera en la calle o en el estacionamiento del edificio; allí podrán reunirse libremente con los vecinos y con cualquier otro tipo de persona que se les acerquen. Hoy la alternativa para evitar este riesgo es la televisión, los juegos virtuales, pero si antes corría el peligro de las compañías incontroladas, de oír todo, de pensar demasiado, ahora frente a la TV piensa muy poco o nada, con el subsecuente deterioro de ciertos rasgos de su capacidad intelectual indispensables para el trabajo escolar.

En la medida en que la dictadura se afianza en lo político, se fortalece el modelo económico que promueve entre otras políticas un amplio programa de otorgamiento de concesiones petroleras sin mayor control, un plan de construcciones fastuosas, como sinónimo de progreso, que requiere mucha mano de obra, que en buena parte provendrá de la inmigración. Se da pie a numerosos negocios, algunos de dudosa legalidad, pues aparecerán las corruptelas, como las comisiones y los sobrepregios. Estos vicios se generalizan y serán la base de fortunas mal habidas y una marcha desbocada hacia el individualismo, el hedonismo, el despilfarro y el consumismo.

Aparecen los nuevos patrones de ubicación y prestigio social: las cuentas bancarias, el uso desmedido de los artículos de marca y lujo, los carros último modelo, los constantes viajes. Esta situación lleva obligadamente al predominio del TENER sobre el SER. Los vicios se van arraigando y extendiendo pervirtiendo a todos los sectores de la sociedad, crecen con celeridad brechas sociales y se generaliza la pobreza. Se va configurando la Venezuela rentista, la Venezuela saudita, y la falsa imagen de país rico.

La fama de país rico, entre otras razones, atrae hacia él a un grueso número de inmigrantes, en su mayoría gente honrada, trabajadora, que viene a hacer su vida entre nosotros. Tienen sus costumbres, sus valores, sus criterios, los cuales incorporarán a la sociedad sencilla y homogénea a donde llegan y que muy pronto sentirá los efectos de esos aportes, con lo que se inicia un proceso de cambio mutuo.

La condición de familia homogénea integrada en su mayoría por alumnos de la clase media pertenecientes en gran parte a modestas familias caraqueñas, con un antecedente de dos o tres generaciones venezolanas; coincidirá ahora con un significativo número de compañeros de origen italiano, portugués, español, etc.

Estos alumnos y sus familias traerán a la vida colegial sus criterios, sus principios y valores, sus costumbres y sus normas de comportamiento familiar lo cual significará un reto para el desarrollo armónico y eficiente de la comunidad escolar. Esta realidad, unida al tipo de familia que se forma alrededor del apartamento, va a producir cambios importantes en la conducta del alumno, que se complicará más con la excesiva tolerancia que caracterizará a la democracia.

A mediados de los cincuenta comienza a formarse un grupo de profesores y maestros seculares de origen español que se destacaban por la calidad de su gestión académica. En gran parte ellos irán sustituyendo al grupo de ex alumnos laicos, que venía de la esquina de Jesuitas. Excelentes instructores en su materia, de reconocida puntualidad y responsabilidad en la exigencia disciplinar, pero ajenos a los requerimientos de otros aspectos relativos a la formación del alumno, estaban formados familiar y académicamente en esa cultura europea muy proclive al docente rígido. En este sentido cumplieron una etapa en la que este tipo de docente era necesario si se quería mantener un sistema disciplinario cerrado, en medio de tantas condiciones adversas: tipo de alumno, espacios amplios y abiertos, menor relación jesuita alumno, y ambiente socio-político que de dictatorial se pasó al otro extremo del “prohibido prohibir”. A lo largo de los sesenta se entremezclarán esas condiciones para producir situaciones bien difíciles y delicadas en esta materia. Sobre todo cuando en la sociedad aparecen las patotas, los consumidores de sustancias nocivas, etc. y se pensaba que esa forma de control rígido podía ser el mejor remedio.

El laicado femenino en estos primeros tiempos se manifestaba en una forma muy distinta, pues no había ni alumnas ni profesoras. El antecedente más remoto, en mi interpretación muy personal, es que los orígenes de ese laicado hay que buscarlo en el grupo de personas, en su mayoría hermanas y amigas de colegiales y también algunas mamás, que asistían, por los años cuarenta, al estadio de El Paraíso (hoy Brígido Iriarte) a ver los juegos del Loyola Football Club. Ese grupo de mamás y de hermanas y amigas ligadas a la divisa fue creciendo y se fueron con sus gritos al estadio Bomboná en San Agustín del Sur y posteriormente al Universitario en la década de los cincuenta. Este mismo grupo incrementado con otras mamás del Colegio se fue organizando bajo la dirección espiritual del P. Luis María Arrizabalaga, quien ya era asesor de ASIA, y comenzaron a organizar las primeras verbenas anuales en el campo de San Martín hasta los años 48-49. Estas verbenas que entonces se realizaban para ayudar a las Misiones, constituyen

el antecedente de nuestra flamante y actual “Verbena de las Verbenas”. De igual modo, ese grupo femenino que participaba en ellas, terminó dándole forma a una de las instituciones más queridas y de mayor empuje en el Colegio, La Organización Social Católica San Ignacio (OSCASI), que se funda en 1958 y que se ha mantenido como la entidad donde las mamás del Colegio conciben, planifican, organizan y ejecutan su apostolado social. En estos momentos de cambios, para estimular e irradiar la participación laical se ha señalado hacia OSCASI, la cual por su misma trayectoria y posible proyección está llamada a ser pionera en la aplicación de la “corresponsabilidad apostólica” aprobada por la Compañía de Jesús para sus obras.

La Provincia de la Compañía de Jesús en Venezuela ha traído a la palestra el sentimiento de una “corresponsabilidad apostólica” que “es una cualidad de nuestro servicio apostólico sin la cual no seríamos la Compañía de Jesús”, haciéndose eco de la propuesta del P. General en sus reflexiones sobre el encuentro de Loyola 2000<sup>21</sup>. El P. Arturo Sosa, actualmente Provincial, amplía ese sentimiento con estos aportes: “Para que el naciente sujeto apostólico de la Provincia de Venezuela crezca con esta conciencia de la misión universal de la Compañía de Jesús, uno de los objetivos propuestos para este año Arrupe que estamos abriendo, necesitamos examinar hasta dónde estamos influenciados por actitudes particularistas o localistas” ... “Comprendernos como miembros del sujeto de la Provincia y del cuerpo universal de la Compañía es el desafío que se nos presenta”<sup>22</sup>. Este planteamiento está empezando a sonar en la Provincia, y su mensaje: “no encasillarnos en las obras o proyectos”<sup>23</sup> inicia la apertura hacia nuevos horizontes.

La revisión que se propone para OSCASI va en esa dirección: hay que proyectar esa valiosa experiencia acumulada por la institución más allá del ámbito donde se ha desenvuelto la labor social de las mamás del Colegio San Ignacio. La apertura puede tener dos direcciones: la primera consistiría en darle cabida protagónica a otros actores de la Comunidad Educativa Ignaciana para que otros laicos presten también su aporte a los proyectos de la organización, y la segunda,

---

<sup>21</sup> Sosa A, Arturo. Homilía con ocasión de la apertura del año P. Arrupe. Colegio San Ignacio, febrero, 2001 (mimeo).

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *Ibid.*

más externa, para extender la Organización hacia otras obras e insertarla en otros escenarios como parte de esa “corresponsabilidad apostólica”.

Los años cincuenta terminan con la elección de Juan XXIII al solio pontificio, quien promoverá una serie de cambios muy importantes para la Iglesia y la Humanidad y dentro de los cuales el papel de los laicos en la sociedad cobrará una importancia de primer orden. A partir del año 61 trabajé para la Unión Panamericana como Oficial de Información Pública de la Alianza para el Progreso y como Coordinador de las Jornadas que ese programa desarrollaba en Venezuela, cargos que ejercí hasta la muerte del Presidente Kennedy en 1963. Ese mismo año ingresé de nuevo a la UCAB, pero ahora para estudiar la carrera de Educación, con una antigüedad de ocho años en el ejercicio de la Docencia, pues en medio todas estas responsabilidades en el campo de la Diplomacia, no abandoné nunca el aula ni mi contacto con el San Ignacio. Yo regreso al colegio, ahora en plan de profesor, en 1966. Yo hubiera podido ingresar antes, en 1959, cuando el P. Rector Jenaro Aguirre me llamó para que asumiera una cátedra de Historia de Venezuela, pero, por compromisos adquiridos con anterioridad, yo no tenía la disponibilidad con la urgencia que él requería. Más de una vez lamenté que los acontecimientos se hubiesen presentado de ese modo o en esas circunstancias por mi deseo de volver al San Ignacio y por la admiración y respeto que siempre le he profesado a Jenaro.

Durante estos años 60, el colegio había seguido aparentemente su marcha regular: En 1962 se había creado el Centro de Estudiantes. La disciplina por ese entonces no está a la altura de la realidad, se aprecia cada vez más disminuida; múltiples factores han provocado esta situación, entre otros se pueden citar: más espacios extensos y abiertos; el aumento de la matrícula; alumnado más heterogéneo; menor relación jesuita alumno, debilitamiento del núcleo familiar y de la atención a los hijos (papá y mamá, ambos, trabajan en la calle); influencia de modelos foráneos en la organización familiar, excesiva laxitud en los criterios de organización y funcionamiento en todos los órdenes de la Sociedad.

La educación académica se cuestiona por ser excesivamente memorística, libresca, con métodos rutinarios y obsoletos, de escasa creatividad. Era una educación de contenidos vacíos, muy poco relacionados con la situación venezolana y latinoamericana; una educación neutral, huérfana de valores, en la que no se hacía referencia a las graves situaciones de injusticia que se presentaban en la sociedad.



Era una educación de espaldas a la realidad. Había una escasa relación profesor alumno, profesor padre y representante e incluso entre profesores, tampoco era muy usual el contacto de los profesores con la Dirección. No funcionaba la Comunidad Educativa. La brecha generacional entre padres e hijos era insalvable, una gran mayoría de los alumnos desconocía cualquier figura, procedimiento y mecanismo de autoridad: “Prohibido prohibir”. Cualquier exigencia de orden, disciplina y cualquier sanción se consideraban inaceptables.

Se manejaba en los pasillos ámbitos del Colegio una situación delicada por un lado y desagradable e inaguantable por la otra. Empezaban a aparecer signos de separación entre jesuitas, entre profesores, entre padres y entre alumnos. En cada sector de éstos se alineaban dos bandos: los que veíamos como inaplazable promover un cambio en la educación y en el colegio y los que se mantenían aferrados a la tradición y al estado de cosas como estaba planteado o se mostraban indiferentes. Ante tan grave situación, la Comunidad Educativa lucía ineficiente y hasta desbordada. Los alumnos a través de diversas iniciativas que a su vez representaban otras tantas posturas frente al problema.

El grupo Kloaca publicó varios números de una revista que aunque señalaba ciertas verdades, otras podrían considerarse “sus verdades”. Su principal desacierto fue el tono destructivo que emplearon en la mayoría de sus escritos, con lo que sus críticas perdían buena parte de la razón que pudieran tener. Otra publicación fue “Agua Potable”, cuyo nombre ya anticipa ser una clara respuesta al grupo anterior, redactada por un grupo de alumnos y ex alumnos que rechazaban casi totalmente los planteamientos de Kloaca. En algunos aspectos presentaban algunas propuestas de cambio y en otras se mantenía fieles a la tradición colegial.

Un grupo de la promoción 1970 ocupó el CESI, que desde el tercer año se venía reuniendo y estudiando la situación del colegio, hizo sus planteamientos críticos sobre la situación, en un periódico que denominaron “El Primero”. En algunos puntos concretos coincidía con los del grupo Kloaca, pero la presentación y los procedimientos eran mucho más serenos y equilibrados. Abogaban por una Comunidad Educativa más activa, relacionada con la Comunidad Vecinal.

Posteriormente, un grupo de laicos, en este caso ex alumnos de la promoción 1973 y alumnos de los años superiores, desarrolló una iniciativa bajo el nombre de “Grupo Compromiso” que durante veinticinco años, organizó las

convivencias para los alumnos del colegio, conjuntamente con el jesuita encargado de atender lo relativo al ministerio sacerdotal.

Los profesores por su parte, también formularon sus planteamientos sobre el área que era necesario atender de acuerdo a las críticas que se venían oyendo en todos los ambientes del colegio. El primer tema que surgió fue el económico laboral (1970)

La cuestión laboral se centraba en la necesidad de reconocerle y establecer para el docente una serie de beneficios que significaran una mejora para su nivel de vida. Posteriormente se incorporó el sector administrativo a estas demandas. En el paquete de las mejoras que se solicitaban, había un acuerdo general; no así en el procedimiento para lograrlo. En esta materia se presentaron dos posturas: una consideraba negociar con el colegio un contrato colectivo de trabajo y para ello solicitaron el asesoramiento de CODESA: Se efectuaron varias reuniones y se llegó a redactar un anteproyecto de contrato. En la otra postura se estimaba innecesario el asesoramiento y la injerencia sindical, y se consideraba suficiente para el logro de los fines, un proceso de conversaciones con las autoridades del colegio, que nos llevaran a satisfacer las aspiraciones según la situación global del colegio.

Aunque eran posturas muy diferentes y que podrían haber desembocado en una crisis y una ruptura del colectivo; todo se manejó con mucha discreción y madurez y finalmente se nombró una comisión que se encargaría de negociar con el colegio los posibles beneficios que mejoraran la situación laboral del personal. De esa comisión formaron parte algunos profesores que ya venían cumpliendo informalmente esa tarea. Hay que decir que a ese momento de la vida del colegio también estuvieron vinculados los jesuitas. El procedimiento fue dando sus frutos porque se conjugaron, el trabajo consciente y sostenido de ese grupo de profesores, con la disposición del colegio a escuchar e ir aceptando las propuestas que se planteaban. Se puede decir que en esta materia se han conseguido importantes logros sin sacrificar por un lado, cuestiones fundamentales ni, por el otro, renunciar a legítimas aspiraciones. Hoy día estamos incorporando a tan delicado e inaplazable asunto a los Padres y Representantes, como miembros de la Comunidad Educativa.

Pero no era sólo el problema económico el que preocupaba al docente, sino todo un conjunto que se relacionaba con el quehacer educativo. Aparte de las

comidillas de pasillo, el Departamento de Ciencias Sociales junto a los de Física y Matemáticas, y el de Biología iban reuniendo información sobre los principales cuestionamientos que se hacían. Yo elaboré un listado de ellos que denominé Ideas y se lo entregué al P. Alfonso Tuñón, quien para la época era el Director de Estudios. A los pocos días, comienzos del mes de marzo de 1971, se convocó un Consejo General de Profesores; minutos antes de comenzar, el P. Tuñón me dijo que lo presidiera yo y así lo hice.

La asamblea se instaló con la presencia de la dirección; la junta directiva de SIPE (Sociedad Ignaciana de Padres y Educadores), una representación del profesorado, y de los alumnos (5º año) y la denominamos ASAMBLEA IGNACIANA DE REFLEXIÓN Y PLANIFICACIÓN (ASIRPLAN). Este organismo nuestro, bien puede considerarse como uno de los antecedentes del llamado Consejo Superior de la Comunidad Educativa creado posteriormente por el Ministerio de Educación, cuando comienza a organizar las comunidades escolares.

La asamblea después de varias reuniones, cumplido su objetivo inicial de crear un clima favorable a la reflexión y el trabajo dentro del colegio, se disolvió no sin antes constituir cinco comisiones que trabajaron tres preguntas básicas: ¿Quiénes somos? ¿A quién vamos a educar? ¿Y cómo vamos a hacerlo? Otros tantos temas globales para la labor educativa del San Ignacio.

La primera comisión, presidida por el P. Benito Azcune, se encargaría de los asuntos relativos a la formación religiosa, la fe y la espiritualidad.

La segunda comisión correría a cargo del profesor Humberto Mazzarri y se ocuparía de la formación político social (la justicia).

La tercera comisión asumiría todo lo relativo a los valores morales y la llevaría el Profesor Manuel Barroso Alfaro.

La cuarta comisión sobre los valores nacionales la coordinaría el profesor Germán Castillo Pinto.

La quinta comisión la llevaría los profesores Beatriz Santamaría y Gustavo Izaguirre, para ocuparse de la Educación para la Democracia.

Buena parte de los materiales producidos por estas comisiones alimentaron las reflexiones de los equipos de nivel y de los departamentos académicos. Cuando estas comisiones comienzan a funcionar desaparece ASIRPLAN. Igualmente, algunos de las reflexiones y conclusiones producidos en las referidas instancias, sirvieron para la elaboración de algunos de los aspectos contenidos en el primer Ideario del colegio, publicado en 1977.

Fue un período bien valioso como experiencia de trabajo conjunto de laicos y jesuitas para tratar de resolver el delicado problema que afectaba la institución. Fue una forma de participación laical distinta a las que hemos reseñado con anterioridad.

Las comisiones comienzan su trabajo y sostienen un rico intercambio de experiencias con las dos instancias organizadoras del colegio, que se estaban estructurando por aquellos días. Los Niveles y los Departamentos Académicos. Entre ellas dos, por razones de disponibilidad horaria para las reuniones, se le otorgó la prioridad a los niveles. Éstos, bajo la dirección de un Coordinador, quedaron encargados de atender la formación de los alumnos, la disciplina, el rendimiento académico, las relaciones con las familias.

En cuanto a los departamentos académicos, no todos tuvieron la posibilidad de reunir a la totalidad de sus integrantes en el horario escolar. El departamento de Ciencias Sociales, durante un buen tiempo, realizó sus reuniones por la tarde, de 2 a 3.30 p.m. Una vez cada quince días. En esas reuniones, además de atender los asuntos propios del departamento (objetivos y contenidos programáticos, metodologías, planes de estudio, evaluaciones, etc.), seguíamos la marcha del proceso correspondiente a la organización institucional. (Ideario del Colegio). Es un proceso en el que unos grupos de laicos están participando en la concepción del colegio (principios, valores, políticas, acciones concretas, etc.) para acercarlo a las exigencias del Concilio Vaticano II y a las orientaciones que se derivaban de la Carta de Río.

Se puede decir que aunque minoritaria, con respecto a la totalidad del profesorado, fue una participación más directa, más de gestión y de equipo para avanzar hacia una educación más liberadora, basada en el eje fe-justicia. Como en el primer proyecto, se trata de defender la fe, pero de una fe que se quiere suscitar en su interrelación con la justicia. Se trata ahora de formar agentes cambios sociales, con una opción preferente por los pobres.

Hay un propósito que no es una simple iniciativa de la Iglesia o de la Compañía de Jesús a la cual el laico se pliega. No, ahora se trata de un propósito común que interesa a ambos (jesuitas y laicos) por igual. Envuelve, pues, un modo de participación distinto que desembocará en la elaboración de un cuerpo de disposiciones que aclaren la intención, el rumbo y el modo de funcionar el colegio, para responder a esa carencia que había sido advertida por todos los sectores desde los comienzos de la crisis. Se trata de las “Directrices y Normas” del Colegio San Ignacio, publicadas en 1977.

El trabajo de estos años también reclama de toda la comunidad atender el problema de los costos de la educación. Se generaliza el reto de que nadie que presente el perfil para ingresar al colegio, se quede fuera por razones económicas. Para atender esta situación, se crea en 1976 la Asociación Fondo Educativo San Ignacio (AFESI). Es una iniciativa para organizar y maximizar todo lo referente al plan de becas escolares del colegio y de otras obras educativas de menos recursos. De este modo se aprovecharían mejor los aportes que daban diversas personas: padres y representantes, ex alumnos, amigos del colegio, etc..

En estos años setenta, el colegio con el apoyo de CERPE, desarrolló dos proyectos. El primero, “Ensayo en cinco secciones del primer año Ciclo Básico Común”. El segundo, “Planificación de una sección del primer año del Ciclo Diversificado, especialidad Humanidades”. Nos referiremos a este segundo, el proyecto de Humanidades.

Los fundamentos del mismo eran: “El proyecto supone la existencia de una realidad nacional que necesita desarrollarse y transformarse y es precisamente el alumno ‘Humanista’ de hoy (futuro dirigente del mañana) quien debe diagnosticar, acelerar e instrumentalizar ese cambio”<sup>24</sup>. El punto de partida es, pues, un proyecto basado en análisis de experiencias que conducen al alumnado hacia planteamientos teóricos – prácticos, sobre la realidad mundial, latinoamericana y venezolana<sup>25</sup>. “Se trata por tanto, siguiendo los objetivos del Ideario del Colegio San Ignacio, de preparar y enfrentar muy pronto a los humanistas con la sociedad que tratan de analizar y transformar”<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> CERPE - CRIDE. Doc. 3810

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*

Para nosotros el proyecto siempre fue un escenario muy propicio para que en él se pudiera demostrar que toda aquella pedagogía orientada a formar “los agentes de cambio social” en la dimensión fe - justicia, era realizable en la práctica colegial. El proyecto lo llevarían adelante laicos y jesuitas. Se realizaría en dos años. Nadie podía ingresar al quinto año si no había cursado el cuarto año de humanidades en el colegio.

Nosotros le dedicamos catorce años a ese proyecto (1975-1988). Durante ese tiempo, ejercimos en algunos lapsos la coordinación del proyecto, fuimos profesor guía y responsable de las cátedras de Historia de Venezuela, Geografía Económica de Venezuela, Sociología y Codirector de teatro. El plan comprendía cinco áreas académicas, aparte de lo relativo a la formación religiosa. Las áreas eran: Filosófico-Matemática; Lingüística; Socio-Política; Literario-cultural; y Actividades complementarias. Dentro de éstas, se pueden citar: Dinámicas de Grupo, Periodismo (EDASI), Música (Coral de mayores junto con alumnos de otros cursos), Pintura, Deportes, Teatro (a esta actividad se le dio especial importancia por el amplio carácter formativo que encerraba: Solidaridad, espíritu de equipo, aceptación de críticas, respeto a la persona, ejercicios de lectura y memoria, amén de todo lo que giraba alrededor de la obra escogida; autor, época, temática, etc.). Una actividad que también benefició a los Humanistas aunque no era exclusiva de ellos, fue la de los Cine Forum organizados por el P. Alberto García Pascual y en la que yo le ayudaba dirigiendo los foros.

Los criterios de admisión al Proyecto Humanidades eran exigentes. Se trataba de buscar los aspirantes que, de una manera más notoria, mostraran una afinidad mayor -por sus aspiraciones, intereses y proyectos- con el mundo humanístico. Para hacer la selección, diseñamos un propedéutico de dos o tres días, durante los cuales debían responderse una serie de tests sobre diferentes materias, a saber: valores religiosos y morales; realidad venezolana; aspectos importantes sobre educación; conocimientos en asignaturas humanísticas, matemática e inglés. Las pruebas las preparaban y corregían el coordinador y los dos guías, quienes también se ocupaban de las entrevistas con el alumno y sus familias. Los tests psicológicos corrían a cargo del departamento de Psicología.

Los alumnos del colegio no tenían ingreso automático; por tanto debían realizar también el propedéutico y en alguna oportunidad no se admitió a un alumno que venía del colegio. Esta búsqueda del aspirante ideal, fue lo más difícil

del proceso y a pesar de la amplia batería de pruebas, ya señalada, muchas veces no acertamos con algunos de los admitidos. Los criterios de permanencia fueron igualmente estrictos, y alguna vez decidimos no darle inscripción para 5º año a unos alumnos con excelentes notas académicas, porque su actuación general estaba totalmente reñida con el Ideario del colegio.

El proyecto con sus idas y venidas, ha continuado su marcha, y hoy en día, pienso que las posibilidades de que las Humanidades del Colegio cumplan a cabalmente las expectativas planteadas, son muy firmes, porque en el equipo actual permanecen docentes que conocen el proyecto desde sus orígenes y sobre todo porque este equipo actual ha venido recibiendo una formación permanente que asegura la fidelidad de los resultados, desde el punto de vista de la “ortodoxia” ignaciana de hoy en día.

Para mediados de los setenta, ya estaba yo bien sumido en el ámbito educativo con la Compañía de Jesús en tres frentes:

- 1) Como formador de jóvenes, al frente del proyecto Humanidades al cual le dediqué unos cuantos años de mi vida - como quedó dicho - por considerar firmemente que constituía una opción válida para trabajar por ese país tan maltratado por múltiples calamidades.
- 2) Como formador de formadores en la Escuela de Educación de la UCAB, durante unos doce años aproximadamente, como profesor de Historia de Venezuela y de Historia de la Cultura. Y en la Escuela de Filosofía al frente de la asignatura Cátedra de Venezuela, como parte de la reorganización que el P. Arruza, adelantaba en esta Escuela.

En un país donde en los últimos tiempos los institutos de formación docente han estado dominados por el pensamiento laicista, estas escuelas representan unas instancias invaluable para contrarrestar el monopolio ideológico en tan delicada materia y al mismo tiempo garantizar la formación de laicos formadores de formadores con una formación humano-cristiana. De otro modo, la denuncia de Pietropaoli a comienzos del siglo pasado, sobre la inexistencia del laicado católico, regresaría con nueva fuerza.

- 3) El ingreso al CERPE en 1975. La aparición de este Centro venía a completar los instrumentos que requería mi proyecto personal de dedicarme a la Educación, como el medio eficaz a través del cual se podría cambiar esa sociedad dañada que se había venido configurando desde los años cincuenta y que a partir de 1974 iniciaba el desborde.

En este sentido, era comprensible crear una institución que se orientara a estudiar técnica y críticamente la educación y tratara de mejorarla a través de la labor investigadora. Mi trabajo en el Centro estuvo centrado en la investigación histórica para la elaboración de algunos números de la serie "La Educación en Venezuela". También trabajamos en los RAE (resúmenes analíticos en educación) para difundir las investigaciones que se estaban realizando en Venezuela. Nos ocupamos asimismo de la preparación de materiales didácticos. Publicamos entonces tres folletos dedicados al estudio de la Historia de Venezuela; el libro de lectura "Mi Gente", concebido para destacar, a través de actividades de comprensión, reflexión aplicación, los valores de algunos personajes claves de la vida nacional, entre los cuales se incluían: los partidos políticos, el petróleo, el barrio, y la misma Venezuela, como protagonista estelar. Nos correspondió también colaborar con la Distribuidora de Estudios en la revisión de algunas de sus publicaciones, entre las cuales podemos citar a "Angelito". La correspondencia plena del solape de las tres instancias no la pudimos mantener sino tres o cuatro años, porque resultaba demasiado exigente una jornada que comenzaba a las 7.30 a.m. en el San Ignacio y concluía a veces sobre las 10,30 p.m. en la UCAB.

En los años ochenta, durante el rectorado del P. Alejandro Goñi, se tomaron algunas acciones que bien pueden considerarse favorables a la participación laical.

- Se avanza en la línea de darle mayores responsabilidades a los profesores y empleados laicos dentro de la organización y funcionamiento del colegio. Me correspondió el honor de haber sido designado primer director seglar del plantel. Ejercí el cargo desde 1982 hasta 1988. Se tomaba una decisión que no debería tener marcha atrás y por eso a partir de mi cuarto año de



gestión comencé a preparar -en el pleno sentido de la palabra- a la persona que me sustituiría, la cual, gracias a Dios, ha respondido con creces.

Compartí con los Rectores con quienes trabajé, P. Goñi y P. Azcune, una relación de excelente entendimiento, mutuo apoyo y gestión compartida en la dirección del colegio

Fue prioridad de esa dirección, organizar y robustecer a la comunidad educativa. Se trabajó desde SIPRE en la designación de los delegados (padres y madres), cuyas actuaciones se han convertido en una importante instancia, organizada y constructiva, de participación laical en la vida del colegio. También se definió y exigió un compromiso de los Padres y Representantes con el colegio para involucrarlos en la situación global del mismo (religiosa, académica, económica) y en su destino, de acuerdo al Ideario, cuya segunda versión se publicaría en 1984.

Se continuó la política de atender al problema del costo de la educación para favorecer a los más necesitados. En esta oportunidad lo que estaba planteado era sustituir a AFESI, que era una asociación, por una fundación, pues ésta superaba los impedimentos legales para recibir donaciones y realizar otras operaciones que le estaban vedadas a las asociaciones. De este modo, las posibilidades de colaboración de los benefactores mejoraban cuantitativa y cualitativamente en beneficio de la institución -que ahora se llamaría FUNDAFESI- y de los becados que atendía. De igual modo se fortaleció el CESI y se le otorgó una participación más amplia al alumnado y una mayor responsabilidad, a través de sus delegados de curso.

En 1988 al dejar la dirección me encargué de la Coordinación del Comité Curricular desde donde cumplimos una tarea orientada al fortalecimiento de los departamentos académicos. Asesoramos a los departamentos en la ejecución de sus proyectos. En la oportunidad en que se estaba desarrollando el programa de lectoescritura, asumí la coordinación del departamento de Castellano.

El Comité dedicó muchas horas de labor a asesorar el trabajo de los departamentos en cuanto a la elaboración de sus planes de actividades, en la preparación de las pruebas, así como en los criterios y tablas de evaluación. Se trató de aplicar las pautas que habíamos elaborados para la selección y seguimiento de profesores, pero la escasa oferta de los mismos hizo prácticamente irreal nuestro

propósito. El Comité produjo y recibió una gran variedad de materiales sobre los más variados tópicos relacionados con la educación y logró reunir en sus archivos una valiosa muestra ellos para el uso de los docentes. Se trataba de un verdadero patrimonio intelectual donde estaban representadas muchas horas de trabajo de nuestro profesorado.

Paralelamente a mis labores en el Comité, asumí, como docente las clases de Cátedra Bolivariana con los alumnos de noveno grado. En relación a este trabajo quisiera hacer una breve referencia a algunos aspectos de mi práctica docente.

Uno de los aspectos que más tomé en cuenta en mi trabajo con los alumnos fue siempre el respeto hacia ellos. Una nota esencial de ese respeto fue el procurar conocerlos y tratarlos como personas, interesarme por ellos, saber quiénes eran, qué hacían, a qué aspiraban. Desde el primer día les hacía llenar una planilla donde debían consignarme una serie de datos personales, familiares, colegiales y extra colegiales. Durante la primera semana comentábamos dichas hojas y establecíamos una serie de relaciones, de afinidades, que servían para ir conociendo el grupo, los líderes, los aislados, a los nuevos (ubicarlos) y los intereses comunes. Se detectaban cualidades y destrezas individuales, que luego invocábamos a favor del grupo. Esa técnica nos resultó por regla general muy provechosa para desde el comienzo establecer un escenario, un clima y un grupo favorable al trabajo formativo que deseábamos cumplir.

Dos valores que predicábamos constantemente fueron la responsabilidad y la honestidad. Yo siempre les decía a mis alumnos - ellos deben recordarlo - que era muy difícil aprender a ser responsable y honesto, si no se tenía la posibilidad real de no serlo. Mientras más nos esmeráramos en perfeccionar la vigilancia y el control solamente, sin aprovechar todas las oportunidades posibles para suscitar en ellos conductas responsables y honestas, absolutamente convencidas, bien poco estábamos logrando en esa materia.

Algunas asignaturas, especialmente las de Sociales, se prestan para elaborar exámenes con preguntas para reflexionar, hacer análisis crítico, redactar un trabajo personal, etc. No eran por tanto pruebas memorísticas, ni las respuestas fácilmente localizables en los textos. Éstas eran las que usualmente utilizábamos en nuestras evaluaciones. Además, con bastante frecuencia los dejábamos solos trabajando en el salón, la duración de las ausencias era variable y tampoco se daban siempre, a

veces permanecía todo el tiempo con ellos. Siempre procuré que no percibieran aquel mecanismo como una trampa o una jugarreta mía; por el contrario les hice ver que eran oportunidades para formarse, para proceder libremente y para que aprendieran a actuar según sus convicciones, según su conciencia y no por el premio o el castigo. Yo solía conversarles sobre la falta de sentido que para mí tenía desaprovechar hora y media de mi tiempo en vigilarlos -lo cual consideraba hasta ofensivo para con ellos- en lugar de dedicarme a leer, escribir, meditar, atender a otra persona y hasta descansar.

Antes de terminar la prueba, que siempre la entregaban todos juntos al final, les pedía que me escribieran en la parte superior dos calificaciones: una nota sobre la parte de conocimientos ¿cuánto crees tú que mereces según lo que escribiste? y la otra, ¿cuánto te asignas en honestidad?. No le permitía a nadie inhibirse, no me importaba que contestaran lo que quisieran, pero que se enfrentaran a la exigencia. Como es usual en estos casos, al comienzo una mayoría no le otorgó mayor importancia, pero como el procedimiento se mantuvo y no hubo respuesta, sobre todo de las más curiosas, que no mereciera una reflexión, la gente fue comprendiendo el sentido de todo aquello y mejoraron ostensiblemente tanto la respuesta de conocimientos como la conductual. Como es lógico suponer, dentro de una curva de Gauss, las conversaciones más extensas las dedicaba a los casos extremos. Este sistema lo apliqué varias veces, sobre todo con los alumnos de tercer año (9º grado).

Entre 1994 y 1999 desempeñé el cargo de Director General Sectorial de Archivos y Publicaciones de la Presidencia de la República. Desde allí mantuve mi relación con el colegio, con CERPE y con los jesuitas en general. Desde esa posición pude colaborar con varios padres y hermanos de la Compañía de Jesús y algunas de sus instituciones, especialmente las bibliotecas.

La relación de estos hechos pone de manifiesto en términos generales cuál ha sido el comportamiento del laico en diferentes momentos de la historia nacional y colegial. En lo personal, el relato me deja claro que Dios Nuestro Señor nos quiso siempre para la educación, y digo nos, porque si yo intenté varias veces ir por rumbos diferentes a ella, también mi esposa quiso ser bioanalista antes que profesora. Cursó un par de meses como alumna del San Ignacio en el preuniversitario en Biología que funcionaba en la UCAB. Luego de graduarse conmigo en Estudios Internacionales en la UCV, como maestra graduada dio

clases de Patrias en tercer grado en el San Ignacio el año 1970. Al año siguiente se fue trabajar con las Hermanas de San José de Tarbes hasta la fecha.

Son incontables los muchachos y muchachas que han pasado por nuestras manos y a los que tratamos de ayudar a ser personas. Es un valioso patrimonio que nos pertenece y por el que te damos gracias, ¡Señor!

Año 1999

En septiembre de 1999, una vez cumplido mi trabajo con las publicaciones de la Presidencia de la República, me incorporé a la Asociación de Antiguos Alumnos (ASIA), e igualmente regresé al Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE).

En ASIA, como director ejecutivo, encargado de cumplir los mandatos de la junta directiva, que desde comienzos de los noventa estaba cumpliendo un plan de rescate de la Asociación, debilitada significativamente en los últimos años en sus vínculos con el colegio. Restablecido ese lazo, se quería ahora (1999) fortalecer la institución, ampliando el número de sus asociados. Ésta ha sido una de las tareas más importantes que hemos venido cumpliendo. Se sabe que existen tres tipos de ex alumnos: aquellos que al mismo tiempo son padres y representantes del colegio, por tener a sus hijos y a veces también a las hijas inscritos en el colegio; en segundo lugar, aquellos que sin ser papás mantienen una estrecha relación como benefactores del colegio y de la Compañía; finalmente, los egresados que después de graduados se alejan de tal modo de la institución que se desconoce de ellos su ubicación y destino. Hemos logrado incrementar el número de afiliados de las dos primeras clases.

Este fortalecimiento de ASIA corresponde a la línea de la Compañía de Jesús de promover al laico, sobre todo si se piensa que el antiguo alumno es – como ya hemos dicho en otra oportunidad – un laico de excepción, pues se supone que la formación recibida puede constituir ahora un terreno propicio para que fructifique el proceso de actualización al cual desee acceder, no sólo como antiguo alumno de su colegio, sino de la Compañía de Jesús en general. Aunque parezca paradójico, creo que mientras más firme y clara sea la vinculación con la obra a la cual se pertenece, mayor debe ser la disposición a entender y aceptar la “corresponsabilidad apostólica” de la que ya hablamos anteriormente.

Para despertar el interés de los antiguos alumnos, se ha restablecido la publicación del boletín de ASIA, del cual se han publicado hasta la fecha nueve números. Se promovió en 1999 el III Congreso de antiguos alumnos de la Compañía de Jesús y el próximo mes de mayo tendrá lugar el IV Congreso, cuya temática versa precisamente sobre este punto de la participación del laico. Se han organizado encuentros deportivos, se ha participado en la verbena del colegio y en algunos encuentros informales para propiciar el reencuentro de ex alumnos. En dos oportunidades hemos celebrado “El Día del Antiguo Alumno”.

La asociación está apoyando directa y efectivamente a las principales organizaciones colegiales de acción social, como son: FUNDAFESI (Plan de becas y otros programas relacionados con la calidad educativa del colegio) y OSCASI, con los programas sociales que promueve en algunas zonas marginales.

Está comenzando a ponerse de manifiesto que existe un grupo de antiguos alumnos interesados en participar en los cursos de formación que la Compañía está promoviendo, a fin de constituir un contingente de laicos muy calificados como “Compañeros de Jesús”, capaces de pertenecer al “sujeto apostólico de la Provincia”. Deberían ser las ASIA de Venezuela los objetivos fundamentales de esta acción formativa, precisamente por los antecedentes que tienen sus asociados.

El otro campo donde ahora estoy ubicado es el CERPE. En 1975 participé en la fundación de este Centro, que significó para mí una ocasión privilegiada de poner por obra mis proyectos apostólicos y profesionales en ese momento. Mi regreso a esta institución tiene en este momento para mí dos significados muy especiales, uno de carácter institucional y otro personal. Institucionalmente CERPE ha aceptado una reestructuración que le confiere mayor protagonismo en la cuestión educativa, sobre todo en lo específicamente relacionado con la Compañía de Jesús y sus propios planes y proyectos, pues se abre otra perspectiva enmarcada en los procesos de deliberación apostólica que está efectuando la Compañía de Jesús. En este sentido, CERPE pasa a ser la Oficina de Educación de la Provincia de Venezuela. Se mantiene la tarea investigativa que el Centro aplicaba a la realidad venezolana, pero debe asumir ahora como prioridad el desarrollo de las políticas educativas de la Compañía. He encontrado, pues, al CERPE con nuevas perspectivas más adecuadas a las exigencias de los tiempos actuales.

En lo personal tengo la satisfacción de encontrarme de nuevo con un compañero de ruta desde los viejos tiempos de los años 60, el actual director del CERPE, P. Javier Duplá. Son muchas las vivencias y anécdotas desde los tiempos en que estudiábamos la carrera de Educación en las viejas aulas de la UCAB en la Esquina Jesuitas. Vayan estas líneas como testimonio de amistad y de buenos auspicios por la obra que ahora juntos tenemos entre manos.